



Arquitectos de Estado. Arquitectura y política en Uruguay en la primera mitad del siglo XX

State Architects. Architecture and politics in Uruguay in the first half of the twentieth century

Santiago Medero*

Palabras clave

Generación fundacional

Arquitectos en el Estado

Sociedad de Arquitectos

Facultad de Arquitectura

Resumen

En las elecciones generales de 1938 se presentaron, en representación de los principales partidos políticos del Uruguay, dos arquitectos para competir por el cargo de Presidente de la República. Similar situación sucedía para el cargo de Intendente de Montevideo. El general y arquitecto Alfredo Baldomir y el arquitecto Horacio Acosta y Lara asumieron entonces, y respectivamente, los dos cargos ejecutivos más importantes del país. Además, otros arquitectos ocuparían cargos ministeriales y en otras instituciones del Estado. Este artículo examina la trayectoria de estos arquitectos y la de otros colegas contemporáneos para evidenciar la existencia, más que de una sumatoria de individualidades, de una generación de arquitectos que, incluso luego de fundar las instituciones arquitectónicas –fundamentalmente la Sociedad de Arquitectos y la Facultad de Arquitectura–, se manifestó altamente comprometida con la tarea de dirigir los destinos de la nación. Su particular visión del progreso y de los cometidos que el arte y la arquitectura debían asumir los llevó, además de a ejercer una enérgica participación en el ámbito gremial y la dirección académica de la Facultad, a ocupar diversos lugares de la administración estatal, más allá del campo de incidencia relativo a las obras arquitectónicas o los planes urbanos.

* Profesor Adjunto del Instituto de Historia de la Arquitectura (IHA) y de Teoría de la Arquitectura en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU) de la Universidad de la República (UDELAR) de Uruguay. Contacto: santimq@gmail.com

Keywords

Founding
Generation

Architects in
the State

Architects Society

Faculty of
Architecture

Abstract

In the general elections of 1938 two architects competed for the Presidency of the Republic representing the main political parties in Uruguay. Something similar happened with the position of Mayor of Montevideo. The General and Architect Alfredo Baldomir and the Architect Horacio Acosta and Lara, respectively, assumed the two most important executive positions of the country. At the same time, other architects would occupy posts in ministries and in other State institutions.

This article examines their career and that of other contemporary colleagues to demonstrate the existence, rather than a sum of individualities, of a generation of architects who, having founded the architectural institutions –fundamentally the Architects Society and the Faculty of Architecture–, was highly committed to the task of directing the destiny of the nation. Their particular vision of progress and the goals that art and architecture had to assume led them to occupy various places in the State administration, beyond the scope of architectural works or urban plans and, in addition, to exert an energetic participation in the guild and the Faculty academic direction.

En las elecciones nacionales celebradas el 27 de marzo de 1938 se generó una situación inédita y prácticamente inadvertida por la historiografía en Uruguay.¹ El presidente electo fue el general y arquitecto Alfredo Baldomir (1884-1948), representante del Partido Colorado. Por el Partido Nacional, el histórico rival político, se presentó una fórmula encabezada por el arquitecto e ingeniero Juan José de Arteaga Herrera (n. 1886). En el segundo cargo ejecutivo en importancia a nivel nacional, el de Intendente de Montevideo, resultó electo el arquitecto Horacio Acosta y Lara (1875-1966). Compitió contra él, el arquitecto nacionalista Jacobo Vásquez Varela (1872-1954).

Esta confluencia de arquitectos, a la cabeza de los principales partidos políticos, no se volvería a repetir.² Cuando Baldomir asumió el cargo, nombró a Vásquez

¹ Nos referimos a los estudios en historia política. En la historiografía arquitectónica el hecho fue señalado recientemente por Jorge Nudelman (2015: 188-194), aunque este no da cuenta de los candidatos del Partido Nacional.

² A ella podemos agregar el caso del arquitecto Pedro Invernizzi (n. 1883), electo intendente del departamento de Salto, que compitió con el mismo sublema de Acosta y Lara, "Para servir al país", distintivo del ala baldomirista del Partido Colorado.

Varela y a de Arteaga como ministros de Instrucción Pública y Obras Públicas respectivamente. Para completar el panorama, Alfredo Campos (1880-1970), general y arquitecto muy cercano al presidente, fue nombrado ministro de Defensa.

Hay algo más, a parte de su profesión, que hermana las figuras de Baldomir, de Arteaga, Acosta y Lara, Vásquez Varela y Campos: pertenecieron a la generación de arquitectos que crearon y desarrollaron las instituciones arquitectónicas. Con ello hacemos referencia fundamentalmente a la Sociedad de Arquitectos (en adelante SA), fundada en mayo de 1914, y a la Facultad de Arquitectura (en adelante FA), creada en noviembre de 1915. Se pueden agregar también los Congresos Panamericanos de Arquitectos (en adelante CPA), celebrados por primera vez en Montevideo en 1920 y que tuvieron en la SA su origen y primer motor, así como los concursos de arquitectura.

En este trabajo se sostiene que el pensamiento y las acciones que llevaron a crear y desarrollar estas instituciones están imbricadas con el arribo al poder político y el fortalecimiento de la burocracia de arquitectos. También se afirma que todo ello no fue producto de un individuo o un grupo de individuos aislados, sino de un conjunto relativamente orgánico de arquitectos pertenecientes a la generación fundacional de las instituciones arquitectónicas.

Esta generación tuvo una importancia clave en la historia de la arquitectura de la primera mitad del siglo XX y en ella su relación con el Estado conforma una parte significativa. Basta mencionar en este sentido la construcción del grupo de edificios estatales de gran importancia y fuerte carácter simbólico que tuvo lugar en las primeras dos décadas del siglo XX. Los primeros edificios universitarios, las grandes escuelas, los hospitales del Estado, fueron realizados por estos arquitectos, tanto mediante el mecanismo de concurso público, como a través de las oficinas técnicas del Estado.

Pero sus motivaciones fueron más allá de la determinación funcional y formal de edificios, sectores de ciudad o planes urbanos. Existía la convicción de que los universitarios, en general, y los arquitectos, en particular, debían liderar las instituciones públicas y dirigir los destinos del país. La influencia de los arquitectos no se restringió a su disciplina, sino que tuvo repercusiones en otras instituciones y ámbitos estatales.

Por todo ello, se entiende necesario trazar las características más sobresalientes de esta generación fundacional y los vínculos que mantuvieron varios de estos arquitectos con las instituciones de la arquitectura y el Estado. Abordaremos las trayectorias personales más relevantes en este sentido, mientras que otros casos recibirán una atención secundaria.

En términos de la sociología de Pierre Bourdieu, el trabajo no solamente manifiesta la aparición de un "campo", conformado, entre otras cosas, por ciertas

instituciones profesionales, sino también la dispersión deliberada de muchos arquitectos en otros “campos”. En este sentido, se diferencia de otros trabajos que estudian el desarrollo de la profesión arquitectónica en países con similares características socioculturales, como el de Silvia Cirvini en Argentina y Cristian Jara en Chile.³ Ambos analizan fundamentalmente la constitución de la disciplina, sus instituciones y su ideología, pero no recogen, mayormente, esta voluntad de adentrarse en otras dimensiones de la vida pública.

Según Jara, el ascenso y descenso de la relación de los arquitectos chilenos con los poderes estatales y las políticas públicas se produjo en función del desarrollo de la disciplina urbanística y la ideología moderna. Ambos tuvieron un momento de auge en las décadas de 1950 y 1960 y luego sufrieron una clara declinación. Sostenemos que en el caso de Uruguay, el auge y la declinación se produjeron antes y no están relacionados directamente con las ideas de lo que usualmente se denomina “arquitectura moderna”, sino con la trayectoria de los líderes de la generación fundacional.

No obstante, se sostienen las mismas premisas metodológicas y el marco teórico de ambos trabajos citados. En primer lugar, el estudio de la trama de relaciones y los recorridos particulares.⁴ En segundo lugar, el análisis de los discursos. En uno y otro caso, se utilizarán como fuentes primarias las revistas técnicas y los archivos administrativos.

Ruptura con Ingeniería

En Uruguay, como ocurrió en otros lugares, los estudios formales de arquitectura se concibieron prácticamente como un apéndice de la ingeniería.⁵ En 1885 se creó la Facultad de Matemáticas que dictaba ambas carreras. En ese entonces, el currículo para formarse como arquitecto apenas se diferenciaba y era más breve que los estudios de ingeniería. El Consejo Directivo era una única entidad y el decano debía ser ingeniero. La primera agremiación fue, fundamentalmente,

³ Cirvini, 2004; Jara, 2015. En el caso de Argentina, existen otros estudios similares tanto de Cirvini como de Cecilia Raffa, hemos tomado como referencia el citado por ser el más completo. En el caso de Ana María Rigotti, en su tesis *Las invenciones del urbanismo en Argentina (1900-1960)* (2014) estudia la formación de un “campo” en disputa como lo fue el del urbanismo. El centro de su trabajo es una disciplina (que no es estrictamente hablando la arquitectura) y allí radica la diferencia con nuestra propuesta.

⁴ Ambas dimensiones fueron parte de la reevaluación histórica que provocó una nueva generación de estudios sobre el Estado desde la década de 1970. Ver: Skocpol, 1985: 3-37.

⁵ En el caso de Argentina, y según Silvia Cirvini, “la enseñanza de la arquitectura en el país estuvo subordinada a la de la ingeniería, de temprana consolidación, y quedó sometida a las mismas condiciones articuladoras del desarrollo social que sostenía esta disciplina”. Cirvini, 2012: 113. El texto ya citado de Cristian Jara sostiene similar argumento para el caso chileno. Jara, 2015: 31.

una conjunción de ambas disciplinas: la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay (en adelante AIAU), creada en 1906.⁶

La relativa imprecisión en relación con las responsabilidades técnicas llevaba a que los ingenieros participaran ampliamente en concursos de arquitectura, como jurados, asesores o concursantes, firmaran obras de arquitectura frente a las autoridades municipales y fueran nombrados en cargos de dirección en las oficinas encargadas de las obras edilicias del Estado. Una vez que el cuerpo de arquitectos adquirió cierta "masa crítica", esta situación se fue haciendo cada vez más conflictiva y el reclamo de estos comenzó a tener visos de una verdadera crisis en el seno de las jóvenes instituciones.

Fue la generación de arquitectos nacionales nacidos entre 1875 y 1890, y egresados entre 1900 y 1914, la que estableció la ruptura con los ingenieros. Se crearon nuevos organismos gremiales y de enseñanza y se estableció una lucha por el reconocimiento del Estado y de la sociedad toda de la experticia del arquitecto con relación al campo de los edificios y, muy poco tiempo después, del urbanismo.⁷

La victoria, impulsada también por figuras políticas por fuera del ámbito disciplinar, como el político batllista Baltasar Brum, fue casi total. En poco tiempo, los arquitectos se hicieron con los principales cargos públicos vinculados a la gestión edilicia y urbanística y desterraron a los ingenieros de los concursos públicos. Estos últimos mantuvieron la posibilidad de firmar obras de arquitectura, pero los encargos de las obras privadas fueron cada vez más hacia los primeros, cuyos competidores en este terreno eran en realidad los constructores de oficio.

Sustrato ideológico de la generación fundacional

Como afirman Mazzini y Méndez, la confrontación entre arquitectos e ingenieros en Uruguay, que comienza a vislumbrarse en los primeros años del siglo y llega a su clímax en 1914-1915, "obligó a exponer con claridad la especificidad del rol del arquitecto".⁸ La herencia romántica del siglo XIX había llevado a establecer los polos de la industria, la técnica y la ciencia en una especie de confrontación

⁶ Se nucleaba a agrimensores, constructores, industriales y comerciantes, empresarios de obras y los propios estudiantes de la Facultad.

⁷ A pesar de que el gremio de arquitectos es de creación tardía en comparación con los casos de Argentina y Chile (la Sociedad Central de Arquitectos de Argentina y Chile se crearon en 1886 y 1907 respectivamente), la desvinculación con ingeniería en lo que respecta a la enseñanza es muy temprana, en Argentina se produjo recién en 1948 y en Chile en 1944.

⁸ Mazzini; Méndez, 2011: 17. Junto con la tesis de Nudelman ya mencionada, el trabajo de estas autoras constituye otra de las fuentes que llevaron a establecer las principales hipótesis de este trabajo. En ambos se establece la idea de que los arquitectos de las primeras generaciones actuaron como un cuerpo con objetivos propios.

virtual con las nociones de arte, estética, cultura, expresión. El punto de vista de los ingenieros, en este sentido, entendía a la construcción de edificios como una tarea eminentemente técnica desglosada a su vez en varias especialidades. A ella, y como una más de sus “capas”, se le “adhería”, fundamentalmente, mediante el recurso del ornamento, la expresión artística, labor que sería realizada por el experto en cuestión, es decir, el arquitecto.

Frente a ello, estos últimos propusieron una alternativa sustentada en la idea de la obra de arte como un todo que predomina sobre sus partes. Esa totalidad nacía en una única mente que debía llevarla a cabo o bien, como en el caso de la arquitectura, controlar su ejecución. A la visión romántica se le oponía el punto de vista de los antiguos, aquel de las épocas en las que no solo no existían contradicciones entre arte y técnica, sino que estas eran la misma cosa. No en vano, en sus argumentaciones los arquitectos utilizaban la historia de las profesiones para demostrar que la ingeniería no era sino un desgajamiento moderno de lo que antes era una unidad: la Arquitectura.

Los arquitectos se veían a sí mismos como los profesionales idóneos para manejar la composición y el carácter de la obra, dos términos muy caros a todo el desarrollo de la arquitectura académica occidental, especialmente a la tradición *beaux-arts*. La composición como método de fusionar los aspectos artísticos, funcionales y técnicos en un todo coherente y el carácter como la expresión que surge de esta amalgama. La arquitectura entendida como totalidad no era un arte puramente expresivo dependiente de la personalidad del genio, sino un arte-ciencia o arte-técnica guiado por un método racional –la composición– perfectamente transmisible.

No obstante, el método era lo suficientemente flexible para dar cabida a la expresión personal y los aspectos artísticos nunca fueron dejados de lado o colocados en un segundo plano por parte de los arquitectos de la generación fundacional. Las nociones de composición y carácter, de hecho, se mostraron dominantes hasta bien entrados los años cuarenta, sin entrar en conmoción por la introducción de los valores formales de la vanguardia. Llegados a mitad de los años treinta, la mayoría de estos arquitectos, que jamás desearon los valores del clasicismo, adoptaron una actitud que pasó de la apertura a cierto desencanto por los resultados concretos de la llamada “arquitectura moderna”. La idea, por ejemplo, de que son los requisitos funcionales o técnicos “objetivos” los que deben guiar la expresión del edificio nunca terminó de enraizar y fue recién sostenida claramente por la generación rupturista que emergió en la década del cincuenta.

La percepción de que la arquitectura es una síntesis entre cultura y técnica o entre ciencia y arte se podría ampliar a su propia concepción de la modernidad que nunca desestimó ciertos valores de la tradición y la historia, en tanto ligados al vago concepto de “cultura”. No se trataba de una cosmovisión que rechazara

la idea de “progreso”, sino que, adhiriendo fervientemente a ella, se oponían a la concepción de que este estuviera asegurado únicamente por los avances tecnológicos y la ataban a la de necesidad moral de perfeccionamiento artístico y cultural de las naciones.

No obstante, su visión del rol del técnico lo situaba a este en un pedestal elevado, incluso por encima del político y sin duda por encima de los intereses individuales o corporativos. Su adhesión al higienismo, al igual que otras profesiones y disciplinas, los colocó en un rol técnico y a la vez moral frente a las cuestiones concretas de la vivienda (su emplazamiento, orientación, tamaño, distribución, materialidad) o la organización de la ciudad (la zonificación, los parques, orientación de las calles, altura de los edificios).

El crecimiento y la dinámica urbana debían estar controlados bajo leyes y reglamentos de edificación. La generación fundacional, así como las siguientes, elaboraron un diagnóstico negativo sobre las ciudades, fundamentalmente Montevideo. La ausencia, déficit o mala calidad normativa y la libertad de los propietarios llevaban a un estado de situación que virtualmente detenía el progreso para instalar la anarquía y creaba el caos en lugar del orden, la higiene y la belleza necesarios.

Ya en el primer número de la revista de la AIAU Horacio Acosta y Lara dejaba en claro este punto:

“Ya no es posible que una ciudad de trescientos mil habitantes esté sometida al absolutismo de los propietarios. Hoy ya no se marcha así, como no ha marchado Buenos Aires para llegar a ser lo que es, ni ha marchado Río de Janeiro para poder ostentar las magnificencias que ha hecho allí la mano del hombre. Hoy, son necesarias leyes que reglamenten todo aquello en que el capricho de unos pocos, pueda perjudicar a todos, y ya lo decía *El Diario* de Buenos Aires, hace algún tiempo, que el mejor modo de reaccionar contra todo esto, eran decretando expresamente una saludable dictadura arquitectónica sustrayendo del albedrío privado, la facultad de echar a perder una calle con un adefesio monumental.”⁹

Observemos a continuación la similitud del tono antiliberal de un artículo muy posterior, “Impuesto a la edificación inapropiada”, de 1926, redactado por Carlos Surraco (1894-1976) en la revista *El progreso arquitectónico*:

“El decreto sobre el impuesto a la edificación inapropiada en algunas calles y plazas de Montevideo, está afectado de la misma inoportunidad que ha caracterizado a otras iniciativas municipales. Es prematuro (...) sin tener el plano regulador de la ciudad (...) El resultado de la libertad casi

⁹ Acosta; Lara, 1907: 4.

absoluta que tiene el propietario para edificar, como se le ocurra, sin respeto a ningún reglamento de ordenación de perspectivas de conjunto llevará al resultado desastroso (...) No existe la reglamentación que encauce la arquitectura privada, que la proteja contra el error y la incapacidad de los que destrozan la ciudad con la mayor calma imaginable.”¹⁰

El caos metropolitano debía dejar lugar a la armonía y el orden, sin negar por ello la gracia que podía conceder el pintoresquismo. Pero en todo caso, en términos generales se tendía a pensar en una ciudad “regular”, ordenada según las leyes estéticas de la composición y engalanada oportunamente con ornato urbano. Por supuesto, si ya los propietarios privados y el liberalismo sin freno no configuraban la norma, esta debía imponerse por parte de leyes redactadas y proyectos realizados por técnicos idóneos, es decir, arquitectos.

La “inauguración” en 1935 de la Avenida Agraciada (hoy Avenida del Libertador), en ocasión de la visita de Getulio Vargas al Uruguay, evidencia que esta ciudad regular no era solamente un deseo de los arquitectos, sino también de la alta política. Esta avenida “haussmanniana”, cuya función consistía en conectar el Palacio Legislativo con el Centro de la ciudad y cuya edificación estaba regulada por una normativa especial, fue con el tiempo completada con importantes edificios del Estado, como las sedes de ANCAP y del Banco de Seguros.

Desde un punto de vista político, es evidente que, a pesar de los vaivenes electorales e incluso los quiebres institucionales, el modelo “batllista” de ciudad, planteado en las primeras dos décadas del siglo XX, continuaba plenamente vigente. Tal como lo describe el historiador Gerardo Caetano:

“(...) se buscaba que la capital del *país modelo* fuera ella misma *modélica*, en términos de expresión acabada de modernidad, belleza y hasta grandiosidad republicana, nunca imperial. (...)”

La nueva Montevideo debía confirmar la centralidad de la política, expresar y a la vez habilitar un civismo activo y participativo, integrar el hábitat de los ciudadanos desde el protagonismo y la simbolización protectora del Estado. Al mismo tiempo, debía traducir del modo más concluyente la noción genérica de predominio de lo público sobre lo privado y del Estado sobre el mercado, *monumentalizando* los valores y virtudes cívicas, todo lo que debía encarnarse en grandes *templos laicos* propios de una *religión civil* que dominara en el espacio público (...)

En ese impulso reformista que tenía como lema el *embellecimiento* urbano, aquel primer batllismo buscó hacer converger varios proyectos: la *ciudad verde* e integrada de los grandes parques, de los *barrios jardín* y

¹⁰ Surraco, 1926: 4-5.

de las *viviendas económicas*, de las plazas de deportes; la ciudad capital con sus grandes palacios públicos, comunicados por anchas avenidas (...), la ciudad balneario.”¹¹

Esta convergencia entre las miradas disciplinares y la construcción de la ciudad desde la política no llevó a una renuncia de esta última por parte de los arquitectos. Las siguientes palabras de Juan Antonio Scasso (1892-1973), publicadas en 1932 en *Arquitectura* de la Sociedad de Arquitectos, parecen una premonición de lo que iba a ocurrir a finales de la década, a la vez que distinguen claramente el rol del técnico arquitecto en la política:

“Los Arquitectos deben intervenir en política; deben llevar a la dirección de los partidos políticos las normas orientadoras que les da su especializada preparación; deben imponer en las colectividades partidarias haciéndolas letra viva de sus programas, sus ideas de progreso general, ya que, quien, por fuerza del diario y constante proyectar, llegue a ocuparse de los problemas de la colectividad, tiene que fatalmente desarrollar una acción generosa, optimista, depuradora en la formación espiritual de los grupos que constituyen la opinión pública.

El arquitecto debe anhelar la conquista de los puestos colectivos de gobierno y debe influir desde ellos en las actividades generales, con la confianza de que puede ser sin reserva alguna, un agente activo, un factor eficaz de regulación, de armonización y de previsión. Y entre todos los arquitectos, los más jóvenes, los que por fuerza de sus estudios de urbanismo que adquieren en Facultad tienen mayor especialización en las cuestiones de gran alcance social, deben ir a las luchas políticas buscando los puestos, para ‘urbanizar’ la acción, para conseguir el bien.”¹²

La preeminencia de lo técnico sobre lo político en la propia actividad de gobierno puede leerse también en la Memoria de la Intendencia Municipal de Montevideo (en adelante IMM) de 1938-1942, correspondiente al mandato de Horacio Acosta y Lara y que trasluce su pensamiento de manera evidente:

“Pocas manifestaciones de la vida colectiva o individual escapan a la acción del gobierno comunal, correspondiendo cada día más a lo técnico y a lo especializado la solución que esta acción y los problemas de ella plantea, exigen.

En el concepto norteamericano el Alcalde o Intendente es el Gerente de la Ciudad; por eso debe ser ante todo un buen administrador, con el que colaboren técnicos que lo ilustren e informen en la solución de cada uno

¹¹ Caetano, 2012: 29-31 (énfasis en el original).

¹² Scasso, 1932: 44.

de los problemas esenciales de la Comuna. La mayor parte de los servicios municipales, se hace a la luz del día, en la vía pública (...) Esta circunstancia es lo que ha inducido muchas veces a gobernar más con fines de lucimiento que con el de mejorar las condiciones de salubridad, de cultura, de esparcimientos, de servicios de locomoción, de habitaciones sanas, de alimentación higiénica, de saneamiento, de vialidad, de iluminación, etc., etc.

Por eso, sin ánimo de crítica, es preferible que los pueblos lleven a desempeñar esos cargos a medianos administradores, más que a notables políticos.”¹³

La certeza de que los productos de las disciplinas de la arquitectura y el urbanismo (entendida esta última como parte de la arquitectura) son hechos necesarios para el progreso, la moral y la educación de la nación, ubicaron a los arquitectos, aun los más conservadores, en una posición algo diferente con respecto a las posturas contemporáneas que, a partir de la crisis económica instalada en 1929, abogaban por la disminución o directa supresión de la obra pública. Una vez recuperada la estabilidad económica, propiciaron y celebraron los grandes planes de inversión a la vez que continuaron presionando desde la SA por la asunción del mecanismo del concurso público reservado a arquitectos con título nacional.

Mario Abadie Santos (n. 1901), en un editorial de *Arquitectura* de 1937, señalaba la conquista de los concursos frente a un ambicioso plan de obras públicas,¹⁴ mientras el mismo año Julio C. Bauzá (n. 1893) señalaba que “[p]ocas veces como en el momento actual se ha dado el caso de celebrarse tan gran número de concursos públicos.”¹⁵ En 1945 y ante un nuevo plan de obras públicas, según *Arquitectura*, “el más vasto y orgánico que haya conocido el país”, el editorial de la revista celebraba su artículo 24, que establecía que, “cuando se trate de edificios de importancia por su costo o destino, los proyectos serán seleccionados preferentemente por concurso público, en el que solamente podrán intervenir arquitectos con título emanado de la Universidad de la República”.¹⁶

El crecimiento de la obra pública durante la presidencia de Baldomir ha quedado registrado en las estadísticas. Entre 1939 y 1943 el gasto ascendió de 12,4 a 21,3 millones de pesos, mientras en el rubro “arquitectura” se creció de 1,1 a 6,7 millones de pesos. Mientras el gasto en obra pública casi se duplicó, en lo que refiere a arquitectura se sextuplicó.¹⁷

¹³ Intendencia Municipal de Montevideo, 1942: 7-8.

¹⁴ Abadie Santos, 1937: 4.

¹⁵ Bauzá, 1937: 4.

¹⁶ Los Técnicos nacionales en el nuevo Plan de Obras Públicas, 1945: 2.

¹⁷ Buzzetti, 1945: 97.

Los Congresos Panamericanos de Arquitectos brindaron proyección internacional al tiempo que un mecanismo de presión hacia las demandas internas en cada uno de los países. Pero más allá del pragmatismo, existía un sustrato ideológico y una mirada sobre América que fusionaba modernidad y tradición.

Panamericanismo significaba unidad en la diversidad. Estados Unidos se distinguía por su progreso técnico y por sus adelantos en el ámbito de la arquitectura y sus instituciones. El interés por su cultura se vio rápidamente plasmado en la revista de la SA, que publicaba asiduamente obras estadounidenses o artículos sobre diversos aspectos de su arquitectura (por ejemplo, los rascacielos de Nueva York). Las guerras mundiales ayudaron a profundizar en el conocimiento del gran país del norte. Horacio Acosta y Lara visitó durante 1916-1917, durante su decanato en FA, numerosas universidades mientras Mauricio Cravotto realizó un exhaustivo viaje como parte del usufructo de la beca ganada por la obtención del Gran Premio de la FA en 1918.

En América Latina, existía una tradición precolombina, hispánica y lusitana que lejos de negar se entendía como el sustrato para la creación de un arte nuevo y propio. Tanto el esfuerzo institucional, en el cual Estados Unidos era un pionero, como la existencia de estas tradiciones culturales –aun cuando los países americanos se caracterizaban como jóvenes o adolescentes– se entendían como la base para construir una arquitectura “propia”. De hecho, parte de los objetivos de los CPA era el desarrollo de un arte y una arquitectura americanos.¹⁸

Cabe recordar que parte de la idea de “carácter” se sustentaba en la expresión de los valores locales: el clima, los materiales y técnicas autóctonos, las características de la geografía. La primera conclusión de la comisión *ad hoc* que estudió, durante el CPA, los “medios de obtener una mayor cultura artística en el público para una mejor comprensión de la obra arquitectónica” era suficientemente clara al respecto:

“Reconociendo que la falta de carácter y el aspecto anti-estético de la mayoría de los edificios erigidos en las ciudades americanas obedecen a la copia irracional de estilos y modelos importados, este Congreso indica como primer deber del arquitecto americano caracterizar su arquitectura para obtener la verdadera obra de arte.”¹⁹

Si los arquitectos de la generación fundacional utilizaron ampliamente recursos estilísticos tomados de Europa no fue por una falta de apego respecto a este punto, sino por la conciencia de vivir, según su propio entender, en una época

¹⁸ La influencia de José Enrique Rodó es también innegable en esta primera generación de arquitectos. Muestra de ello es la propuesta del primer CPA de construir un monumento a su memoria.

¹⁹ Congreso Panamericano de Arquitectos, 1921: 99.

de transición hacia la conformación de una expresión verdadera. Esta debía ser característica sin negar los valores universales que se desprendían fundamentalmente de la estética clásica.

Finalmente, cabe resaltar dos aspectos que han sido señalados por Nudelman. Por un lado, el fuerte corporativismo de los arquitectos y su lucha por la reglamentación profesional, el reconocimiento de su experticia y los concursos. Por otro lado, y en estrecha relación, la tendencia a la auto-glorificación que se refleja claramente en su revista oficial. En este sentido, fueron comunes las reseñas de homenajes e incluso la publicación de números dedicados a la vida y obra de arquitectos de la generación fundacional.²⁰

Las instituciones arquitectónicas

Fue esta la generación que estableció los objetivos, valores y formas de operar del gremio de arquitectos. También imprimió el carácter de la enseñanza profesional, imbuida de las ideas de la academia *des beaux-arts*. Las siguientes generaciones de arquitectos, egresados entre 1915 y 1935, no entraron en contradicción con estos fundamentos, aunque introdujeron matices en cuanto a la valoración formal de la arquitectura.

Los primeros arquitectos nacionales ocuparon los principales cargos de la SA y FA no solamente en las primeras décadas del siglo, sino hasta bien entrados los años cuarenta:²¹

Horacio Acosta y Lara fue el primer presidente de la SA (1914-1916) y el primer decano de la FA (1915-1922). En 1925 renunció a su cargo de profesor Titular de Proyectos de Arquitectura, sin embargo continuó ejerciendo cargos de dirección del gremio. Fue nuevamente su presidente entre 1923 y 1931 y siguió participando en la Comisión Directiva hasta 1940.

Vásquez Varela también fue presidente de la SA (1918-1920) y decano de la FA (1922-1928), mientras Alfredo Campos fue profesor Titular de Teoría de la Arquitectura durante veinte años (1918-1938), consejero en algunas ocasiones

²⁰ El Nº 196 del año 1938 abrió con las imágenes de Baldomir, Acosta y Lara, Campos, Vásquez Varela y de Arteaga. En el número siguiente Campos sería homenajeado por motivo de su nombramiento como Profesor Ad-Honorem de la FA. En 1929, los Nº 140-141 se dedicaron a la figura de Horacio Acosta y Lara. Los homenajes a Carré fueron muy frecuentes mientras Baroffio tuvo el suyo en el número 178 de 1933, tras ser nombrado como decano de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria.

²¹ Los datos de la trayectoria gremial y académica de los arquitectos que se presentan a continuación ha sido tomada de la revista *Arquitectura* de la SA y del archivo institucional de la FA cuyo repositorio es el Instituto de Historia de la Arquitectura (FADU, Udelar).

y un importante dirigente de la SA: presidente en 1920-1921 y 1933-1935 y varias veces miembro de la directiva.

Eugenio Píldes Baroffio (1877-1956) fue miembro de la directiva de SA en varios períodos y su presidente en dos ocasiones: 1916-1918 y 1931-1933. En FA tuvo un breve periodo como docente de Arquitectura (1908-1916) y aunque fue electo como miembro del Consejo Directivo (1921), renunció inmediatamente. En contraste, como se verá más adelante, ejerció cargos relevantes en la Universidad.

Daniel Rocco (n. 1888) fue decano de la Facultad (1940-1944) y presidente de la SA en los ejercicios 1921-1923 y 1938-1939. Raúl Lerena Acevedo (n. 1888), primer director de *Arquitectura*, la revista de la SA (1914-1916), ejerció su presidencia en los periodos 1935-1936 y 1942-1944; mientras Carlos Pérez Montero (1884-1964) secundó a Acosta y Lara como vicepresidente del gremio entre 1923 y 1929 y participó en varias directivas hasta el año 1944. Ambos fueron docentes de la FA (llegaron a participar juntos en la cátedra de Economía Política y Sociología) y miembros de su Consejo Directivo, en el caso de Lerena Acevedo, en varias ocasiones y hasta finales de los años cuarenta.

No consta la participación de Baldomir en los órganos de conducción de la Facultad, pero fue docente de Construcción entre 1917 y 1933 y perteneció a la SA como miembro fundador y miembro de sus primeras directivas (1914-1916). Su actividad política y en el órgano militar, probablemente, lo llevó a asumir una participación gremial y académica limitada, aunque nunca a una desvinculación. J. J. de Arteaga tuvo un compromiso menor con ambas instituciones. No participó activamente en la Facultad aunque sí lo hizo en el gremio, del que fue fundador, como parte de la directiva entre 1923 y 1924.

Por su importancia a nivel ideológico y doctrinario, se debe mencionar la figura excepcional del francés Joseph Paul Carré (1870-1941). Egresado de la *École des Beaux-Arts*, ejerció la docencia en Uruguay a partir de 1907 y hasta el año de su fallecimiento. Catedrático de Taller de Proyectos y de Composición Decorativa, su magisterio fue prácticamente indiscutido, mientras sus ideas y opiniones influyeron en varias generaciones de arquitectos. No ejerció actividad gremial aunque fue nombrado Socio Honorario de la SA poco después de su fundación y participó como su delegado en los tribunales de algunos concursos.

Algunos miembros de la generación inmediata de egresados (1915-1918) tuvieron un peso considerable en los organismos gremiales y de enseñanza:

Leopoldo Carlos Agorio (1891-1972) fue Rector de la Universidad de la República entre 1948 y 1956, dos veces decano de la Facultad de Arquitectura (1928-1934, 1944-1948). Como miembro de la SA participó en numerosas directivas, entre 1916 y 1947 y fue vicepresidente entre 1940 y 1943; entre 1921-1922 y 1923-1928 dirigió la revista *Arquitectura*.

Armando Acosta y Lara (1888-1945, hermano menor de Horacio) no tuvo una participación gremial destacada, aunque participó de la Comisión Directiva de la SA entre 1930 y 1932, pero sí se destaca por su carrera universitaria: fue decano de la Facultad de Arquitectura entre 1936 y 1940, integró su Consejo Directivo en numerosas ocasiones a partir de 1923 y fue delegado de la institución en el Consejo Directivo de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria (1924-1936).

Mauricio Cravotto (1893-1962) llegó a ser uno de los docentes más influyentes de la Facultad. Titular de Proyectos de Arquitectura y de Trazado de Ciudades y Arquitectura paisajista (1925-1952), encargado del curso de Grandes Composiciones (1942-1952) y creador y director del Instituto de Urbanismo (1936-1952). En el organismo gremial tuvo una actuación mucho más acotada y solo aparece como miembro de la Directiva en el año 1930.

Horacio Terra Arocena (1894-1985) fue un destacado dirigente de la SA, presidente en 1944-1946 y 1953-1954 y miembro de su dirección en varias ocasiones desde 1921. En la facultad, donde dictaba Estática Gráfica, participó activamente del Consejo Directivo entre 1921 y 1927.

Los miembros fundadores de la SA fueron casi treinta arquitectos. Luego de creado el organismo se sumaron inmediatamente unos treinta más. La siguiente generación de egresados (1915-1925) reunió alrededor de cien profesionales. A la vista de estos datos se puede afirmar que los primeros arquitectos nacionales tuvieron en sus filas un alto número de dirigentes. No se trató de una o dos figuras descollantes, sino de un "cuerpo" de profesionales que se mantuvo en las instituciones arquitectónicas en cargos de responsabilidad durante tres décadas.

Como ya se ha mencionado, los Congresos Panamericanos de Arquitectos brindaron a los profesionales uruguayos una proyección internacional al tiempo que un mecanismo de presión hacia sus demandas internas. Son, por tanto, parte de la institucionalidad disciplinar que se creó en las primeras décadas del siglo XX. Los arquitectos de la generación fundacional no solo estuvieron íntimamente involucrados en su organización, sino que además fueron directamente sus impulsores originales. Esto evidencia el importante grado de desarrollo obtenido por las instituciones vinculadas a la arquitectura en Uruguay en tan solo una década.

La conformación de las comisiones organizativas y la participación en los CPA muestran un panorama similar a lo visto en el caso de la SA y la Facultad y refuerzan las conclusiones preliminares. La primera comisión organizadora de los Congresos (1914) fue presidida por Alfredo Campos, gestor de la idea, mientras que Horacio Acosta y Lara asumió la presidencia del Primer Congreso, en 1920. Participaron en la comisión y las subcomisiones y luego en la delegación nacional prácticamente la totalidad de los arquitectos afiliados a la SA.

El siguiente CPA organizado en Montevideo fue en 1940, no casualmente durante el período del "gobierno de los arquitectos". La presidencia del CPA en esta

ocasión recayó en Daniel Rocco, que fue también aquel año elegido decano de la Facultad. El Comité Ejecutivo estaba conformado, entre otros, por los arquitectos Lerena Acevedo (vicepresidente 1º) y Horacio Terra Arocena (secretario general). En esta y en las otras comisiones de organización trabajaron más de treinta arquitectos pertenecientes a la segunda y tercera generación de egresados (1915 a 1935). Sin embargo, en la Delegación Oficial de Uruguay dominaban los arquitectos veteranos: once figuras pertenecían a la generación fundacional, seis a aquellos que inmediatamente se integraron a las instituciones de la arquitectura y solo cinco a los egresados luego de 1920.

El concurso público reservado a arquitectos nacionales podría considerarse como una institución de la disciplina. Ello es así pues cada uno de ellos configuró una instancia donde los arquitectos agremiados y la academia interactuaron, como jurados o asesores, tanto con la burocracia técnica como con los altos mandos gerenciales y políticos extra disciplinares. Del panorama de jurados, asesores y participantes se puede trazar un mapa que complementa lo visto hasta ahora respecto a las instituciones arquitectónicas.

Desde la gremial de arquitectos, precisamente, se insistió en la institucionalización del concurso público restringido a los arquitectos nacionales. Algunos de los principales edificios públicos del país se definieron bajo esta modalidad, como fueron los casos de la Facultad de Medicina (1903), la sede la Universidad de la República y Facultades de Derecho y Comercio (1905), la sede del Banco República (1917), el Palacio Municipal de Montevideo (1923 y 1930), la Aduana de Montevideo (1923) o el Hospital de Clínicas (1928-1929).

Pero fue entre mediados de la década del treinta y de los cuarenta, período que se corresponde con el cenit del poder político de esta generación, cuando se registra un mayor énfasis en este tipo de concursos, en coincidencia con los programas fundacionales del presidente Gabriel Terra –con la consiguiente creación y replanteo de varios organismos del Estado– y el peso, cada vez mayor, que se le asignó a la obra pública. De hecho, esta fue una de las décadas de mayor intensidad en cuanto a la cobertura de equipamiento institucional.²²

²² Algunos de estos concursos fueron: Instituto de Jubilaciones y Pensiones Civiles (1937), Sección Femenina de la Enseñanza Secundaria (1937), Biblioteca Nacional (1937), Facultad de Arquitectura (1938), Intendencia de Canelones (1938), Administración Nacional de Puertos (1940), Caja Nacional de Ahorros y Descuentos (1946), liceo Zorrilla (1946), sede de las Usinas y Teléfonos del Estado (1947). Parte de los edificios institucionales se cubrieron sin concursar como la Facultad de Ingeniería (1936) y la de Química y Farmacia (c. 1940), edificio del Banco Hipotecario (1936), la sede de la Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland (1939), Banco de Seguros del Estado (1938), Aeropuerto Internacional de Carrasco (1948), además de numerosas sucursales bancarias, liceos y escuelas y los primeros barrios realizados por el Instituto Nacional de Vivienda Económica (1937 en adelante).

En las primeras dos décadas del siglo los miembros de la generación fundacional fueron fundamentalmente participantes de los concursos, mientras entre 1920 y la década del cuarenta fueron jurados. Su integración, a diferencia de los concursantes, se realizaba por representación institucional, lo que llevaba a que los cargos altos o prestigiosos en el gremio, en la Facultad o en la Administración, participaran asiduamente en los tribunales. Fueron los casos de Horacio Acosta y Lara, Vásquez Varela, Carré, Agorio, Baroffio o de los funcionarios del Ministerio de Obras Públicas (en adelante MOP), Alfredo Jones Brown (1876-1950) y Emilio Conforte (1875-1949), entre otros.

Es importante notar que la insistencia en la necesidad de concursos para las principales obras del Estado por parte de la SA, la redacción de las bases, los tiempos del Estado y la necesidad de ejecución de los presupuestos, entre otros asuntos relacionados, llevaron en ocasiones a fricciones con la flamante burocracia arquitectónica. A modo de ejemplo, entre 1925 y 1930 los arquitectos de la Dirección de Arquitectura del MOP, algunos de los cuales fueron socios de la primera hora de la gremial, se desafiliaron por discrepancias en torno a estos temas. Significa esto que debemos tener precaución al señalar a los arquitectos como un cuerpo monolítico, como si en el mapa de los arquitectos en los distintos lugares del Estado o el poder no tuviera contradicciones internas.

Arquitectos y políticos

A diferencia de las generaciones más jóvenes, la fundacional fue una promoción de arquitectos que se involucró, en porcentaje significativo, en la alta política.

Humberto Pittamiglio (1887-1966) fue ministro de Obras Públicas entre 1919 y 1922;²³ Carlos Ricci y Toribio (n. 1873), Interventor de la Luz Eléctrica durante la guerra civil de 1904, miembro del directorio de la Usina Eléctrica de Montevideo (1911-1912) y luego de la Administración General de las Usinas Eléctricas del Estado (1912-1916); Juan María Aubriot (1876-1930), integró el Parlamento en dos ocasiones (1914-1917 y 1917-1920), fue miembro de la Asamblea Nacional Constituyente (1916) y Presidente de la Junta Económico Administrativa de Montevideo (1914-1915). Ellos representan parte de la generación fundacional involucrada al tiempo que se generaban las instituciones de la arquitectura, en el momento de fulgor del primer batllismo.²⁴

En medio de ese ciclo, en julio de 1910, el N° 27 de la Revista de la AIAU se abrió con un artículo excepcional: "La candidatura de D. José Batlle y Ordoñez a la

²³ Pittamiglio había integrado la comisión directiva de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay y fue jefe de redacción de su revista hasta 1914. Como ministro de Obras Públicas apoyó la organización del primer CPA.

²⁴ Momento en que tuvieron importante actuación las primeras generaciones de ingenieros nacionales, como el caso de José Serrato o Víctor Sudriers.

futura presidencia de la república". No hubo en toda la historia de la Asociación y de sus posteriores ramificaciones una toma de partido tan clara por un candidato como en aquella ocasión. La nota de apoyo iba firmada por 58 ingenieros y 14 arquitectos. De los ingenieros, unos cuarenta eran egresados de la Facultad de Matemáticas, que contaba en total con poco más de ochenta títulos expedidos. Los arquitectos, en cambio, eran todos nacionales y representaban aproximadamente un tercio del total de egresados.

Una primera constatación es que el apoyo a la nota en filas arquitectónicas fue algo más tibio que en el caso de los ingenieros. Aún más significativo es constatar quienes firman y quiénes no lo hacen. Acompañaron básicamente los funcionarios estatales: Alfredo Jones Brown, Américo Maini (n. 1874), Emilio Conforte, Juan Giuria (1880-1957), Domingo Sanguinetti (n. 1871) y Filisberto Gómez Ferrer (1880-1952) de la Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas; Eugenio P. Baroffio, de División Arquitectura del gobierno departamental de Montevideo; Carlos Ricci y Toribio y Leopoldo Tosi (1875-1968) de la Usina Eléctrica de Montevideo. También apoyó Aubriot, aunque no Pittamiglio. Más significativas aún son las ausencias de Acosta y Lara, de Arteaga, Vásquez Varela, Campos y Baldomir.²⁵

El peso de los arquitectos de esta generación se va a sentir realmente en los años treinta y cuarenta, promovido por el ascenso al poder de Gabriel Terra, hecho que ubicaría a estos arquitectos en un sector, en principio, alejado y crítico del reformismo batllista. En 1931 Baldomir, que era cuñado de Terra, fue nombrado como Jefe de Policía, con el beneplácito de la SA. En marzo de 1933 Terra dio un golpe de Estado, disolvió el Parlamento y el Consejo Nacional de Administración y se embarcó en una reforma constitucional anticolegialista. De 1934 a 1938 ejerció como presidente constitucional. Baldomir fue nombrado entonces Ministro de Defensa (1934-1936) y de Arteaga ministro de Relaciones Exteriores (1934-1935). Jorge Herrán (1897-1969), un arquitecto más joven laureado en 1921 y de los pocos de su generación involucrados en la alta política, ejerció como ministro de Obras Públicas entre 1935 y 1936.

Una vez que Baldomir se estableció en el poder mantuvo la "cuota" de arquitectos, al menos los primeros años, mientras cambiaba el eje de la política hasta llegar a una reconciliación con el batllismo. En 1942 volvió a dar un golpe de Estado, llamado popularmente "bueno", por sus intenciones de reformar ciertos artículos de la Constitución de 1934 considerados injustos por buena parte del sistema político. En el Consejo de Estado conformado para reformar la Constitución estarían Alfredo Campos y Daniel Rocco, otra figura de la generación fundacional, que en 1937 había sido nombrado como director del flamante Instituto Nacional de Viviendas Económicas.

²⁵ Baldomir aún no estaba recibido, pero en su condición de estudiante también podría haber firmado. Ver nota al pie 6.

En las siguientes elecciones nacionales, Baldomir apoyó al batllista Juan José de Amézaga, quien resultó electo por el periodo 1943-1947. El general arquitecto mantuvo un cargo de jerarquía al ser nombrado presidente del Banco República (1943-1946), mientras Campos volvió a ejercer como ministro de Defensa (1943-1946). Fue este un periodo donde se continuaron y acentuaron las políticas en favor de la realización de obra pública y se concretaron numerosos concursos.

La derrota en las elecciones de 1946, sin embargo, significó un golpe para el sector baldomirista, que languideció hasta apagarse definitivamente con el fallecimiento de su líder en 1948. Esto no solamente significó un cambio a nivel político, sino propiamente a nivel de la disciplina arquitectónica, pues fue toda la envejecida generación fundacional la que dio un paso al costado: no solamente se retiró de los puestos políticos, sino también, por renuncia o jubilación, de los cargos gremiales y de enseñanza.

Al mismo tiempo, surgía una joven generación, que se podría denominar "rupturista", que cuestionaba el rol del arquitecto en la sociedad y el tipo de arquitectura dominante. Su acción se plasmó fundamentalmente en la FA y tuvo como resultado una radical reformulación del plan de estudios a la que se asoció inmediatamente la renuncia de varios docentes históricos. Si la generación fundacional había llevado la arquitectura a la política, la seguridad de una cosmovisión compartida al plano de lo contingente, la generación rupturista se encargó de llevar la política a la arquitectura. Esta última, junto con el rol del arquitecto en la sociedad, se sentó en el banco de los acusados para intentar fundarse sobre nuevas bases.

El resultado de la operación rupturista fue paradójico, aunque de alguna manera esperable. Mientras se insistía en el mayor compromiso del arquitecto con la sociedad, en los hechos el hueco dejado por la generación fundacional a nivel de dirigencia política no fue llenado sino por figuras puntuales y esporádicas. Aunque los arquitectos mantuvieron los cargos en el nivel burocrático, perdieron influencia en las grandes decisiones al no involucrarse como cuerpo en la alta política.

Burocracia técnica

El ascenso coyuntural, pero de fuerte impacto, de las principales figuras de la generación fundacional a altos cargos de poder se dio cuando la lucha por el espacio profesional estaba avanzada. De hecho, el periodo que ocurre entre 1914 y los años cuarenta es el de la creación y afianzamiento de la burocracia de arquitectos en los distintos organismos del Estado. Serán también los arquitectos de la generación fundacional los que lideren esos puestos, con excepción de las oficinas de arquitectura creadas con posterioridad a los años veinte, donde llegaron a ser jefes arquitectos algo más jóvenes.

En el caso del Ministerio de Obras Públicas, creado en 1907 como desgajamiento del Ministerio de Fomento, la Dirección General de Arquitectura (en adelante DGA-MOP) pasará del ingeniero José Pedro Gianelli al arquitecto Alfredo Jones Brown en 1915, luego del fallecimiento del primero. A partir de entonces, los arquitectos continuarán ejerciendo ese cargo, como el caso del siguiente director, Emilio Conforte.

Se construyeron en este período varios edificios universitarios realizados por integrantes de la generación fundacional. Algunos de ellos, como las ya mencionadas Facultades de Derecho y Comercio y sede de la Universidad (1905-1911), proyectada esta última por Juan María Aubriot y Silvio Geranio (n.1875), o la Facultad de Medicina y Ramas Anexas (1903-1908) de Vásquez Varela fueron realizadas por concurso. Pero los arquitectos del MOP tuvieron una amplia participación: se destacan la Escuela de Agronomía (1907-1909) de Américo Maini y de Veterinaria (comenzada a construir en 1910) de Conforte.²⁶ A ellas se agregó la Facultad de Enseñanza Secundaria o edificio para la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria (entonces dependía de la Universidad) realizada por Jones Brown y finalizado en 1911. De Maini y Jones Brown y siempre bajo el impulso dado a la educación por el primer batllismo, se realizaron también algunas escuelas importantes en la capital.

Como funcionario del MOP, Juan Giuria tuvo importante participación en la Sección Edificios Hospitalarios de la Dirección de Arquitectura. Las obras, naturalmente, estaban vinculadas a la gestión y servicios de la Asistencia Pública Nacional, como fueron los casos del pabellón de maternidad del Hospital Pereira Rosell (1915) o el hospital Pedro Visca (1918-1923). Raúl Lerena Acevedo también tuvo una carrera destacada dentro del organismo. Realizó los planes reguladores de numerosas ciudades del interior como jefe de la Sección Ensanche y Embellecimiento de Ciudades y Conservación de Edificios Públicos, así como estuvo involucrado en la sistematización y diseño y construcción de escuelas públicas (Sección de Edificios Escolares).

Eugenio P. Baroffio fue, por su parte, el funcionario del municipio de Montevideo que logró los cargos más altos. Jefe de la División Arquitectura desde su creación en 1906, pasó a ocupar la Dirección de Arquitectura a partir de 1928.²⁷ En 1933 fue nombrado Director General del Departamento de Obras. Los casos de Juan Antonio Scasso, director de Paseos Públicos, y Américo Ricaldoni (n. 1901), encargado de la Oficina del Plan Regulador representan la continuidad y diversificación de las actividades de los arquitectos en el municipio de Montevideo.²⁸

²⁶ Antola; Carmona, 1998.

²⁷ Significativamente, la División Arquitectura fue creada en 1906, en el momento en que Horacio Acosta y Lara ocupaba un lugar en el directorio de la Junta Económico Administrativa de la capital y era director de Obras Municipales.

²⁸ La Oficina del Plan Regulador fue creada durante la intendencia de Acosta y Lara, en 1939.

La Dirección de Construcciones Militares del Estado Mayor del Ejército (DCM-EME) conformaba, junto con las direcciones de arquitectura del gobierno departamental de la capital y el MOP, un tercer organismo del Estado en el que se asentaron en una primera instancia los funcionarios arquitectos. Fueron jefes de esta dirección tanto Campos (1919-1923) como Baldomir (1923-1931).²⁹ El primer militar en obtener el título de Arquitecto fue Emilio Conforte, en el año 1903, entonces Capitán de Infantería. Este trabajó en la Sección Técnica del Ministerio de Guerra y Marina en 1905. Al mismo tiempo, el propio Campos era contratado como jefe de la subsección de Arquitectura del Estado Mayor del Ejército.³⁰

Durante un tiempo, existió cierta superposición de tareas –cierta tensión también– entre la incipiente división de construcciones del Ejército y la DGA del MOP, que poseía una sección de arquitectura militar y era la que por normativa estaba habilitada para actuar. Finalmente, en 1919 se creó por ley la oficina de Construcciones Militares, con lo que se lograba la independencia de las oficinas del MOP.³¹ Por este camino, luego, siguieron otras dependencias estatales.

En consonancia con las ideas americanistas y la importancia que adquiere la arqueología a los efectos de rescatar a la luz contemporánea los documentos de un pasado enterrado, los arquitectos vinculados a las Fuerzas Armadas fueron los encargados de la restauración de las fortalezas de Montevideo y Santa Teresa y del fuerte San Miguel, entre 1919 y 1927 como parte de los comités de la oficina de construcciones, luego como miembros de las sucesivas comisiones honorarias encargadas de las obras. En 1926, por otra parte, se conformaba la Sociedad Amigos de la Arqueología, en cuya dirección figuraron, hasta bien entrados los años cincuenta, varios arquitectos de la generación fundacional: Fernando Capurro (1890-1964), Geranio, Giuria, Baroffio, Lerena Acevedo, Pérez Montero.

La importancia de los cargos públicos en las primeras décadas del siglo XX se ve reflejada en un comentario realizado en el marco del debate entre arquitectos e ingenieros, en 1908. Con motivo de la elección de un ingeniero para los trabajos de dirección de obra en el Palacio Legislativo, los arquitectos argumentaban que aún existían catorce profesionales arquitectos recibidos que no trabajaban en el Estado y que podían perfectamente acometer esa tarea.³² Para entonces la cantidad de arquitectos ascendía a algo más de treinta por lo que se puede estimar en más de un 50% los arquitectos contratados por algún organismo público.

²⁹ Entre 1905 y 1913 Campos fue Jefe de la subsección de Arquitectura del Estado Mayor del Ejército. En 1913 pasa a ser jefe de la novel Tercera División del Ejército (sección construcciones), cargo que ejerce hasta 1919, cuando se crea oficialmente la DCM-EME.

³⁰ Campos, 1978: 87.

³¹ Campos, 1978: 95-96.

³² La Sección Arquitectura y el Palacio Legislativo, 1908: 16-19.

Durante la década del treinta y cuarenta la burocracia de arquitectos se fue afianzando y expandiendo a otros organismos. La resistencia que en general ofrecieron las oficinas del MOP a este proceso, adjudicándose, por ejemplo, la realización de los proyectos ejecutivos de otras dependencias estatales (poniendo en entredicho, de paso, la autoría de las obras), revela otra fuente de tensiones entre los arquitectos.

Para verificar este proceso de diversificación se pueden revisar distintos números de la revista *Arquitectura*, editada por la SA, dedicados a la obra realizada por el Estado. Por ejemplo, el número 151 de junio de 1930 presenta un relevamiento de la obra pública y privada contemporánea. En cuanto a la primera, muestra fundamentalmente la de la Dirección de Arquitectura del MOP y la de la Dirección de Obras Municipales y de la Dirección de Arquitectura del Consejo de Administración de Montevideo. A ello se agregan algunas realizaciones puntuales de otros organismos (DCM-EME y Consejo Departamental de Artigas) y obras hechas por concurso público como el Hospital de Clínicas, cuyo destino institucional aún no estaba resuelto.

En el número 203 de 1939, número preparatorio al quinto CPA (1940) celebrado nuevamente en Montevideo, la revista se divide en varias secciones, dos de las cuales están dedicadas a las obras de Estado. La sección "Arquitectura de los parques" a la obra de la Dirección de Paseos Públicos de la IMM y la de "Edificios públicos" a las realizaciones del MOP, el Ministerio de Salud Pública, el Ministerio de Defensa Nacional y el Banco de Seguros del Estado.

En el número 217 de 1947, finalmente, la obra del Estado se organiza en: la Dirección General de Arquitectura del MOP, el Instituto Nacional de Viviendas Económicas,³³ la sección Arquitectura Escolar del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal (que pertenecía al Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social), el Ministerio de Salud Pública, la Usinas y Teléfonos del Estado (UTE), Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland (ANCAP), el Banco Hipotecario del Uruguay y el Banco de Seguros del Estado. No se abordó en este número la obra de la IMM, pero está claro el crecimiento de las oficinas públicas de arquitectura acompañando la propia diversificación de los organismos estatales.

El caso de Salud Pública es relevante en cuanto ejemplo de cómo se transforma un concurso público (el del Hospital de Clínicas en 1928-1929) en una oficina del Estado, cuyo jefe, Carlos Surraco, fue el ganador del certamen. Según aclaraba el propio Surraco en una entrevista, la creación de la oficina se debió a una manera de compensar el problema de los honorarios del concurso.³⁴ Tanto en

³³ El Instituto Nacional de Viviendas Económicas fue creado en 1937. Dependía jerárquicamente del MOP pero tenía una organización propia y relativa independencia.

³⁴ Surraco, 1989: 11.

este caso como en los entes autónomos del Estado se verificó una tendencia a la contratación de arquitectos más jóvenes.

En el Banco de Seguros del Estado (creado en 1911), Ítalo Dighiero (1896-1946) fue el jefe de Arquitectura mientras Beltrán Arbeleche (1902-1989) su acompañante y sucesor. En la ANCAP, entidad fundada en 1931, tuvo una larga y brillante carrera como jefe de Arquitectura Rafael Lorente Escudero (1907-1992). Román Fresnedo Siri (1903-1975) trabajó para la Administración General de las Usinas y Teléfonos del Estado (UTE) entre 1932 y 1946, aunque fue su colega Mario Muccinelli (n. 1907) quien llegó a cargos más importantes: fue miembro de la directiva del ente entre 1948 y 1951 y presidente en ejercicio entre 1951 y 1952. Miguel Ángel Canale (1902-1971) fue director del Departamento de Arquitectura de la Caja Nacional de Ahorro Postal entre 1948 y 1960. En el Banco República, Eduardo O`Neill Arocena (1894-1968), primo hermano de Horacio Terra Arocena, fue jefe de Arquitectura hasta comienzos de la década del cincuenta mientras José H. Domato (1905-1978) lo fue en la Enseñanza Primaria y Normal.

En los organismos de educación

Si se repasa la nómina de invitados especiales al Primer CPA (1920), se obtiene un panorama de los intereses y afinidades institucionales de los arquitectos. Estos fueron: el rector de la Universidad, el decano de la Facultad de Ingeniería, el Inspector Nacional de la Enseñanza Industrial, el presidente del Consejo de Administración Departamental, el director de Obras Municipales, el del Museo Nacional de Bellas Artes, el de Arquitectura del MOP, el presidente del Consejo Nacional de Higiene y el del Ateneo de Montevideo.³⁵

En 1920, solo uno de estos cargos estaba ocupado por un arquitecto (la Dirección de Arquitectura del MOP). Ya se ha visto que en las décadas siguientes, arquitectos de la generación fundacional alcanzaron algunos de estos cargos. Acosta y Lara fue intendente (cargo que sustituyó al presidente del Consejo de Administración Departamental), Baroffio llegó a ser director de Obras Municipales, Silvio Geranio ocuparía el cargo de Inspector Nacional en la Escuela Industrial y Agorio sería rector.

En las *Actas y trabajos*, publicación oficial del primer CPA, se afirma que la figura del arquitecto debe ocupar "el puesto que con toda legitimidad le corresponde por su labor eminentemente educadora y por su obra de mejoramiento social".³⁶ Es decir, que para "urbanizar la acción y conseguir el bien", como afirmaba Scasso, no solamente bastaba la actividad política: había que formar. De ahí el continuo

³⁵ "Primer Congreso Panamericano de Arquitectos" (1920), en *Arquitectura* (SA), Nº 37, octubre, p. 73-85 [p. 78].

³⁶ Congreso Panamericano de Arquitectos, 1921: 4.

interés que los arquitectos mostraron en el campo de la educación. Tanto en la enseñanza primaria y secundaria como en la terciaria y la educación técnica.

Buena parte de los arquitectos de la generación fundacional participaron en los más altos organismos de la Universidad. Como se ha visto, Agorio fue rector (1948-1956) ya al final del ciclo de la generación fundacional, aunque su posición política como miembro del Partido Socialista y los cambios que promovió durante su mandato lo situaron en una posición cercana a los profesionales más jóvenes. Horacio Acosta y Lara participó en el Consejo Central Universitario y llegó a ejercer como rector interino. Campos, Baroffio y Giuria fueron otras de las figuras que participaron de este organismo.

Hasta 1935, la enseñanza secundaria y preparatoria era una sección de la Universidad. Entonces, e incluso también después, era común ver arquitectos en sus aulas ejerciendo como docentes. Pero el interés llegó más alto: Armando Acosta y Lara fue durante más de una década (1924-1936) miembro del Consejo Directivo de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria. Entre mediados de los años veinte y treinta fue decano de la Sección Femenina y director del Liceo Rodó, luego, de 1940 a 1945 director de la Enseñanza Secundaria. Baroffio llegaría a ser decano de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria entre 1933 y 1935. Campos, por su parte, fue director de la Escuela Militar a comienzos de la década de 1930.

La enseñanza y preparación técnica de los obreros nacionales en los oficios de la construcción fue para los arquitectos otro de los temas de gran interés desde principios del siglo XX. Ya en 1912, Campos presentaba el proyecto de un programa de estudios para formar oficiales y capataces en la Escuela Nacional de Artes y Oficios, a pedido de su director interino Francisco Graffigna.³⁷ La autonomía o subordinación al arquitecto era uno de los ejes del debate cuya intensidad se vio aumentada en ocasión de la dirección de Pedro Figari en dicha Escuela (1915-1917).

La idea de Figari, quien tuvo a su lado, como apoyo y docente de la Escuela... a su hijo, el arquitecto Juan Carlos Figari Castro (1893-1927), era crear operarios autónomos, con ideas propias: obreros artistas, dentro de la tradición *Arts & Crafts*. Las nuevas directivas y los productos creados entonces por la escuela recogieron el entusiasmo de algunos arquitectos como José Mazzara y Carlos Herrera Mac Lean (1889-1971).^{38, 39} En un informe de 1917, en cambio, la FA se muestra mucho más fría respecto a la orientación dada por Figari. Para la Facultad, la sana tendencia a desechar la copia de modelos europeos se veía

³⁷ Campos, 1912: 133-136.

³⁸ Mazzara, 1916: 40-41. No tenemos datos sobre nacimiento y defunción de este arquitecto, laureado en diciembre de 1914.

³⁹ En 1943 Mac Lean publicó un libro sobre Figari.

opacada por la instalación de un arte primitivo que no podía ser otra cosa que una nueva imitación. Más relevante aún, la idea de un artesano “autónomo” era objetada en favor de una comunión de ideas entre arquitectos y obreros que respetara el orden jerárquico entre creador y colaborador.⁴⁰

El interés de los arquitectos en la enseñanza industrial se plasmó en diversas trayectorias docentes y en particular en la labor de Silvio Geranio,⁴¹ quien desde 1917 hasta 1943 sería miembro de la dirección de la Escuela e Inspector General desde 1931. El interés de la FA en la enseñanza industrial quedó en evidencia en el Congreso de la Enseñanza Industrial en el Centenario de 1830 (1930), donde Rodolfo Vigouroux (n. 1896), representante de la institución y docente en la Escuela, proponía, entre otras cosas, que se diera representación al Consejo de la FA en el de Enseñanza Industrial.⁴²

En cuanto a la enseñanza primaria, ya a comienzos del siglo XX los parques escolares propuestos por el filósofo Carlos Vaz Ferreira habían conseguido la atención de los arquitectos.⁴³ Asimismo, a finales de los años veinte, Juan Antonio Scasso estaba enteramente involucrado con el diseño de escuelas experimentales mientras otros arquitectos participaban activamente en organismos como la Comisión Honoraria de Edificación Escolar.

En relación a los cargos de dirección, la revista *Arquitectura* de la SA afirmaba en su número 184 (1935) que un “distinguido arquitecto” estaba al frente de la Dirección de Instrucción Primaria. Se trataba de José Claudio Williman (1896-1980), hijo de Claudio Williman, Presidente de la República entre 1907 y 1911. Su cargo fue el de Director de Enseñanza Primaria y Normal y Presidente de su Consejo, cargo que desempeñó hasta 1938.

Tan solo cinco años después, otro arquitecto de la generación fundacional ocuparía el mismo cargo, el más alto en lo que respecta a la dirección efectiva de la enseñanza. Se trataba ahora de Carlos Pérez Montero, director entre 1943 y 1947. Bajo su mandato se votó una ley especial (1944) que otorgaba inéditos fondos para la construcción de escuelas así como se creaba en forma

⁴⁰ Facultad de Arquitectura, 1917: 127-129. La que se expide es una comisión ad-hoc, cuyo informe hace suyo el Consejo Directivo de la FA, por solicitud del Consejo Superior de Enseñanza Industrial (en el cual ya no participaba Figari). La similitud entre algunos de los conceptos vertidos y el programa que Campos presentara en 1912 lleva a creer que este participó de dicha comisión.

⁴¹ Entre ellos, los arquitectos José Villavedra (n. 1893 o 1894), Rodolfo Vigouroux, José Pedro Sierra Morató (n. 1897 o 1898), Francisco Pérez Larrañaga (n. 1900), Óscar Ferreiro, Luis Noceto, Julio Rivero (n. 1895 o 1896), Luis O. Nunes (n. 1898 o 1899). Casi todos ellos pertenecen a la generación de laureados entre 1915 y 1925.

⁴² Martínez Montero; Villegas Suárez, 1967: 167-168.

⁴³ Nisivoccia, 2014: 24-37.

permanente el Impuesto de Instrucción Pública dedicado a la reparación, ampliación y construcción de edificios. Este marco impuso un ritmo explosivo a la Sección Arquitectura del Consejo, encargada de los anteproyectos edilicios y que ya contaba entonces con una veintena de arquitectos a su servicio.⁴⁴

Instituciones asociadas a las "bellas artes"

En su trilogía *El nacimiento del terrismo (1930-1933)* Gerardo Caetano y Raúl Jacob dedican las primeras páginas de su extensa investigación a dar cuenta del clima que se vivía en 1930. En el tercer párrafo de su primera página se indica:

"En 1930 el liberalismo político estaba en el poder y ya había dejado traspasar con la construcción del fastuoso Palacio Legislativo, el 'Templo de las Leyes' (...) cuál era el centro de sus afanes y desvelos. Pocos años antes, Artigas en bronce había ocupado el centro de la Plaza Independencia; pocos años después le tocaría el turno al gaucho en la principal arteria montevideana. Artigas, el Palacio Legislativo y el gaucho eran el trípode de toda una construcción ideológica: un pasado que había dividido pero estaba superado, un presente que se construía en orden y en paz."⁴⁵

Es sintomático que una obra dedicada a la historia política del país comience de esta manera, dando cuenta de la relevancia de la arquitectura y las bellas artes en el imaginario simbólico de la nación. Si la corporación arquitectónica estuvo involucrada en los avatares de la construcción del Palacio Legislativo, también tuvo interés e incidencia en el mundo de las otras bellas artes, la pintura y, en particular, la escultura. No podía ser de otro modo en un contexto donde la arquitectura se entendía como madre de todas las artes. Es así que podemos verificar la presencia de arquitectos en diversos concursos de escultura. Jacobo Vásquez Varela, quien tuvo incidencia en la obra del Palacio Legislativo tras la muerte de Meano, también participó del jurado del monumento al gaucho.⁴⁶ Campos, por su parte, fue miembro de la Comisión Asesora (1911) para la realización del monumento a Artigas en la Plaza Independencia.

El compromiso con esta dimensión pública de las bellas artes continuó en las siguientes décadas. En el concurso del monumento a la Confraternidad Internacional (que se ubicaría en la ciudad de Buenos Aires) de 1935-1936, por ejemplo, participaron arquitectos tanto en el jurado (Baroffio, Francisco Lasala, Elzeario Boix, tres arquitectos en un total de cinco miembros) como entre los participantes. De hecho, los ganadores del primer premio fueron un escultor y un arquitecto: Antonio Pena y Julio Vilamajó (1894-1948).

⁴⁴ Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal (1947), *Memoria correspondiente al periodo 18 de junio de 1943 a 31 de diciembre de 1946. Tomo segundo: Edificación Escolar.*

⁴⁵ Caetano; Jacob, 1989: 15.

⁴⁶ "El monumento al gaucho. Fallo del jurado" (1921), en *Arquitectura*, pp. 108-109.

Fueron los arquitectos de la generación fundacional, por otra parte, una de las fuerzas impulsoras de las instituciones artísticas. En 1905 cofundaron el Círculo Fomento de Bellas Artes Baroffio, Campos, Jones Brown y Américo Maini. Armando Acosta y Lara fue, algunos años después, delegado de la FA a la Comisión Nacional de Bellas Artes, dependiente del Ministerio de Instrucción Pública. En cuanto al primero de los mencionados, Eugenio Baroffio, fue notorio su aporte a la estatuaría montevideana desde su cargo en el municipio.⁴⁷

Articulación de lo público y lo privado

Los arquitectos de la generación fundacional tuvieron una intensa actividad como profesionales liberales en las primeras décadas del siglo XX. Esta actividad, desarrollada en estudios de arquitectura, generalmente conformados por una dupla o en empresas constructoras (o ambas), no parece mermar aun en los arquitectos con cargos públicos. Los vínculos con el Estado se establecían también desde este ámbito privado. El Banco de la República, por ejemplo, organizaba concursos de participación restringida donde alguno de los más notorios arquitectos, como Horacio Acosta y Lara o Lerena Acevedo, construyeron sucursales. Las firmas proyectistas y constructoras como las de Arteaga, Martorell y Lasala o la de Acosta y Lara y Guerra, ambas conformadas por arquitectos e ingenieros, construyeron también equipamiento estatal mediante el mecanismo de licitación pública.

Carlos Pérez Montero también creó una empresa de arquitectos e ingenieros. En ella, Mario Moreau (n. 1887), funcionario del MOP vinculado a edificios hospitalarios, se dedicaba a la parte de arquitectura.⁴⁸ El ingeniero Donato Gaminara, por su parte, trabajaba en la sección ingeniería mientras el propio Pérez Montero lo hacía en la sección comercial. Como se puede ver en los anuncios comerciales de la revista *Arquitectura* (SA) eran agentes en el Uruguay de la *American International Steel Corporation*, ingenieros consultores de la *Western Electric Company Inc.* y distribuidores de materiales de la Compañía Industrial de Electricidad del Río de la Plata.

No fueron tan fuertes los vínculos con la actividad comercial o bancaria, aunque cabe señalar el caso de Horacio Acosta y Lara quien junto a Augusto Guerra tenía, además del estudio y la empresa constructora, una fábrica de ladrillos y productos cerámicos llamada "La Uruguaya". Finalmente, en la actividad gremial de los empresarios se destaca Juan José de Arteaga. Fue socio fundador del Centro de Empresario de Obras y la Liga de la Construcción (ambos en 1919) e importante dirigente de la Federación Rural, gremio que tuvo importancia vital

⁴⁷ Gutiérrez Viñuales, 2010: 89-102.

⁴⁸ Por ejemplo, la construcción de edificios para las Usinas Eléctricas del Estado realizado en la segunda década del siglo XX. Ver: *Arquitectura industrial. Usinas Eléctricas del Estado, 1921: 21-26.*

como apoyo a Terra y el golpe de Estado de 1933. Fue en este último el segundo dirigente histórico con mayor actuación entre 1915 y 1945: dieciocho años participando en comisiones directivas, en algunos casos como presidente.⁴⁹

Conclusiones

La generación fundacional de arquitectos muestra rasgos que permiten hablar de ella como un grupo relativamente coherente. Los arquitectos de principios de siglo compartieron una ideología general acerca de qué significaba la arquitectura y la profesión y, concomitantemente, el deseo de actuar en diversos organismos privados y públicos a los efectos de incidir en la realidad.

En efecto, buena parte de los integrantes de la generación fundacional evidenciaron una clara voluntad de ubicuidad. En los diversos ámbitos de actuación, públicos, pero también gremiales y privados, imprimieron su cosmovisión, forjada en buena medida en las ideas en torno a la propia disciplina. Dicho de otro modo, este grupo llevó la arquitectura a la política, traspoló la seguridad de una cosmovisión estable y coherente al mundo de lo contingente.

Esta cosmovisión adhería a la idea de progreso, pero matizaba las versiones utilitaristas o positivistas para introducir valores como el del perfeccionamiento moral de la sociedad a través de la "cultura" y el arte. Concomitantemente, rechazaba el liberalismo a ultranza y proponía una acción fuertemente normativa y con respaldo técnico. Ambas características brindan un marco para comprender por qué las principales figuras de esta generación adhirieron a un gobierno conservador e interventor como el de Gabriel Terra.

Ocuparon, en primera instancia, los principales cargos de las instituciones arquitectónicas durante tres décadas. En ellos procuraron mejorar y enaltecer la función del arquitecto, incidir sobre las leyes y reglamentos que daban marco a su quehacer y promover los concursos públicos. Todo ello mediante un persistente corporativismo gremial que hoy se puede entrever a través de la lectura de sus órganos de difusión como la revista *Arquitectura*.

Actuaron, expansivamente, en las oficinas técnicas del Estado. Desde allí, pero también desde el gremio y la alta política, pusieron el énfasis en la realización de obras públicas y planes urbanos reguladores, aunque existieron contradicciones y tensiones en la delimitación de tareas y los modos de operar. Tuvieron asimismo altas responsabilidades en la educación terciaria, secundaria, primaria, técnica y militar y se involucraron en las instituciones artísticas y sus concursos públicos. La pintura y, sobre todo, la escultura eran claves del embellecimiento urbano y estas nunca dejaron de jugar un rol importante aun en las concepciones más científicas de la disciplina urbanística.

⁴⁹ Jacob, 2000: 152.

En algunos casos fueron también hombres de negocios, dedicados a ellos tanto como a la función pública. En este sentido, perpetuaban un *modus operandi* común del “patriciado” uruguayo, con vigencia desde el siglo XIX.⁵⁰ Pero se constata en este grupo de arquitectos otros modos de ascenso a parcelas de poder desde sus funciones en la burocracia estatal o desde su rol como intelectuales. Todos estos puntos explican y dan el marco a su actuación en el más alto nivel político.

Fue, en definitiva, la generación fundacional un colectivo convencido de que los arquitectos podían y debían participar y dirigir las instituciones del país. Un colectivo de hombres de Estado. Arquitectos de Estado.

Fecha de recepción: 12 de marzo de 2018

Fecha de aprobación: 18 de julio de 2018

⁵⁰ Real de Azúa, 1969: 18.

Fuentes documentales

Abadie Santos, Mario (1937), "El nuevo plan de obras públicas", en *Arquitectura (SA)*, N° 188, Montevideo, p. 4.

Acosta y Lara, Horacio (1907), "Las leyes y reglamentos sobre la edificación", en *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay*, Año I, N° 1, Montevideo, pp. 3-4.

"Arquitectura industrial. Usinas Eléctricas del Estado" (1921), en *Arquitectura (SA)*, Año VII, N° 41, Montevideo, pp. 21-26.

Bauzá, Julio César (1937), "Sobre concursos", en *Arquitectura (SA)*, N° 192, Montevideo, pp. 4-6.

Buzzetti, José L (1945), *Planificación y desarrollo de las obras públicas. El plan de obras públicas 1945-1949*, Montevideo.

Campos, Alfredo R. (1912), "Proyecto de un Programa de Estudios Teóricos-Prácticos para forma Oficiales de primera clase y Capataces albañiles en la Escuela Nacional de Artes y Oficios", en *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos*, Año VI, N° 53, Montevideo, pp. 133-136.

Campos, Alfredo R. (1978), "Breve reseña histórica del Servicio de Ingeniería y Arquitectura Militar", en *Boletín Histórico del Ejército*, N° 259-268, Montevideo, pp. 69-128.

Congreso Panamericano de Arquitectos (1921), *Actas y Trabajos. Primer Congreso Panamericano de Arquitectos. Montevideo, marzo 1 al 7 de 1920*, Montevideo, Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento".

Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal (1947), *Memoria correspondiente al periodo 18 de junio de 1943 a 31 de diciembre de 1946. Tomo segundo: Edificación Escolar*, Montevideo, Imprenta Nacional.

"El monumento al Gaucho. Fallo del jurado" (1921), en *Arquitectura (SA)*, Año VII, N° 46, Montevideo, pp. 108-109.

Facultad de Arquitectura (1917), "El arte Industrial. Informe de la Facultad de Arquitectura presentado al Consejo Superior de Enseñanza Industrial", en *Arquitectura (SA)*, Año IV, N° 23, Montevideo, pp. 127-129.

Intendencia Municipal de Montevideo (1942), *Memoria de la Intendencia Municipal de Montevideo. (Periodo 1938-1942)*, Montevideo.

"La Sección Arquitectura y el Palacio Legislativo" (1908), en *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay*, año II, nº 9, Montevideo, pp. 16-19.

"Los técnicos nacionales en el nuevo Plan de Obras Públicas" (abril de 1945), en *Arquitectura (SA)*, Nº 213, Montevideo, pp. 2-3.

Mazzara, José (1916), "La enseñanza industrial en el Uruguay", en *Arquitectura (SA)*, año III, Nº 17, Montevideo, pp. 40-41.

Scasso, Juan Antonio (1932), "Urbanismo y política", en *Arquitectura (SA)*, Nº 171, Montevideo, p. 44.

Surraco, Carlos (1926), "Impuesto a la edificación inapropiada", en *El progreso arquitectónico en el Uruguay*, Nº 6, Montevideo, pp. 4-5.

Surraco, Carlos (1989), "Entrevista al Arq. Carlos A. Surraco", entrevistadores: Arana, Mariano; Garabelli, Lorenzo; Livni, José, Luis, en *Arquitectura (SA)*, Nº 259, Montevideo, pp. 5-13.

Bibliografía

Antola, Susana; Carmona, Liliana (1998), *Arquitectura para la educación. Primeros edificios universitarios 1904-1911*, Montevideo, IHA-Facultad de Arquitectura- Udelar.

Bausero, Luis (1968), *Historia del Palacio Legislativo de Montevideo*, Montevideo, Impresora Rex.

Caetano, Gerardo; Jacob, Raúl (1989), *El nacimiento del terrismo (1930-1933). Tomo I*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Caetano, Gerardo (2012), "A propósito de las políticas de ciudad en Uruguay. La ciudad batllista y algunos ecos contemporáneos", en *Revista de la Facultad de Arquitectura*, Nº 10, Montevideo, pp. 26-43.

Cirvini, Silvia Augusta (2004), *Nosotros los Arquitectos. Campos disciplinar y profesión en la Argentina moderna*, Mendoza, INCIHUSA- CRICYT.

Cirvini, Silvia Augusta (2012), "El ejercicio profesional de la arquitectura en el primer peronismo (1943-1955). Una relación comprometida entre el conflicto y la negociación", en *E. I. A. L*, Vol. 23, Nº 1, Tel Aviv, pp. 113-136.

Gómez, María Julia (1998), *Arquitectura para la educación. Edificios escolares del novecientos*, Montevideo, IHA-Facultad de Arquitectura, Udelar.

- Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (2010), "Baroffio y la estatuaria pública. Apuntes históricos, implicaciones urbanísticas y debates estéticos", en *Eugenio P. Baroffio. Gestión urbana y arquitectónica 1906-1956*, Montevideo, Facultad de Arquitectura, CEDODAL.
- Jacob, Raúl (1991), *Las otras dinastías 1915-1945*, Montevideo, Proyección.
- Jacob, Raúl (2000), *La quimera y el oro*, Montevideo, Arpoador.
- Jara, Cristian (2015), *Ciudad, sociedad y acción gremial. Los arquitectos de Chile en el siglo XX*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- Mazzini, Elena; Méndez, Mary (2011), *Polémicas de arquitectura en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo, CSIC-Udelar.
- Martínez Montero, Alcides; Villegas Suárez, Ernesto (1967), *Historia de la Universidad del Trabajo del Uruguay*, Montevideo, Escuela de Artes Gráficas.
- Nisivoccia, Emilio (2014), "Pedagogía viva", en Nisivoccia, Emilio et al., *La Aldea Feliz. Episodios de la modernización en Uruguay*, Montevideo, Facultad de Arquitectura-Udelar, MRRE, MEC, pp. 24-37.
- Nudelman, Jorge (2015), *Tres visitantes en París. Los colaboradores uruguayos de Le Corbusier*, Montevideo, CSIC-Udelar.
- Real de Azúa, Carlos (1969), *La clase dirigente*, Montevideo, Nuestra Tierra.
- Rigotti, Ana María (2014), *Las invenciones del urbanismo en Argentina (1900-1960). Inestabilidad de sus representaciones científicas y dificultades para su profesionalización*, Rosario, UNR Editora.
- Skocpol, Theda (1985), "Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research", en Evans, Peter B.; Rueschemeyer, Dietrich; Skocpol, Theda, *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press.